

El miedo ambiental y la interpretación sacra de la naturaleza en la conciencia ecológica europea

JOSÉ MANUEL ECHAVARREN



El Centro de Estudios Andaluces es una entidad de carácter científico y cultural, sin ánimo de lucro, adscrita a la Consejería de la Presidencia de la Junta de Andalucía.

El objetivo esencial de esta institución es fomentar cuantitativa y cualitativamente una línea de estudios e investigaciones científicas que contribuyan a un más preciso y detallado conocimiento de Andalucía, y difundir sus resultados a través de varias líneas estratégicas.

El Centro de Estudios Andaluces desea generar un marco estable de relaciones con la comunidad científica e intelectual y con movimientos culturales en Andalucía desde el que crear verdaderos canales de comunicación para dar cobertura a las inquietudes intelectuales y culturales.

Las opiniones publicadas por los autores en esta colección son de su exclusiva responsabilidad



Centro de Estudios Andaluces
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA

Documento de Trabajo
SOC2007/02

El miedo medioambiental y la interpretación sacra de la naturaleza en la conciencia ecológica europea

José M. Echavarren
Centro de Estudios Andaluces

RESUMEN

Ante la situación actual de crisis ecológica global, se produce un sentimiento generalizado de preocupación por el medio ambiente, que se traduce en muchas personas en miedo medioambiental. El presente artículo analiza las consecuencias que el miedo medioambiental tiene en los valores de corte ecocéntrico y en los niveles de práctica ecologista, contrastando la idea de Furedi de que el miedo causa una “moralidad de bajas expectativas” que inhibe las conductas pro-ambientales. De la misma forma, se estudia cómo una forma de religiosidad de carácter ecologista nacida bajo la crisis ecológica denominada por Giner y Tàbara como *Piedad Cósmica*, se relaciona con el miedo medioambiental y los valores ecocéntricos, en comparación con otras religiosidades y teniendo en cuenta distintas confesiones religiosas en el marco europeo. Los datos se extraen de la encuesta ISSP Environment del año 2000, trabajando sobre una muestra de trece países europeos. Los resultados muestran que el miedo medioambiental es un activador de la conducta ecológica, y que la *Piedad Cósmica* destaca por su compromiso ecológico y su grado de miedo medioambiental. Las posiciones de creencia religiosa son más proclives al miedo medioambiental, pero la diferencia que explica el mayor grado de ecocentrismo de la *Piedad Cósmica* es la falta de trascendencia en su interpretación del carácter sagrado de la naturaleza.

Palabras clave: *Piedad Cósmica*, ecorreligión, ecocéntrico, miedo, práctica medioambiental, religión, moralidad de bajas expectativas.

ABSTRACT

The current global ecological crisis has brought up a feeling of generalised concern for environment which turns into fear for many people. This article analyses the influence of environmental fear on ecocentric values and environmental behaviour. In the analysis of environmental fear we introduce the Furedi's concept of morality of low expectation which is said to inhibit people from ecological behaviour. Likewise, we study how an ecocentric religiosity named by Giner and Tàbara as Cosmic Piety is related to environmental fear and ecocentric values comparing with other religiosities and taking into account several religious confessions in Europe. The data used in the research comes from the ISSP Environment survey of 2000, covering 13 European countries. The results show that environmental fear activates ecological behaviour, and Cosmic Piety scores high in environmental fear as well as in ecocentric behaviour. Religious beliefs tend more to experience environmental fear, but the main difference with Cosmic Piety is the lack of transcendence in the interpretation of the sacred essence of nature. This lack of transcendence explains the higher ecocentric values of Cosmic Piety.

Keywords: Cosmic Piety, ecoreligion, ecocentric, fear, environmental behaviour, religion, morality of low expectation.

Introducción¹

¿Cuál fue el origen de la religión? Mientras que algunos antropólogos y pensadores hablan de un origen uranista, esto es, de la religión como forma de dar expresión a lo desconocido, al mundo de los sueños, a los fenómenos naturales..., otros sostienen la hipótesis del tanatismo, según la cual, sería el miedo, y sobre todo el miedo a la muerte (y a los muertos), lo que daría lugar a la religión (Díez de Velasco, 2002). Siguiendo esta interpretación, la religión sería una construcción cultural que nos protegería del miedo, o, mejor dicho, sería un constructo que nos haría sentir seguros de lo que se esconde detrás del miedo.

El antropólogo Anthony Wallace (1956) señalaba que la mayoría de las religiones (y los cismas de las religiones) eran la consecuencia de crisis culturales. Según Wallace, las religiones se fueron constituyendo en un primer momento como las imágenes de una nueva vida mejor, por personas bajo un gran estrés cultural. En términos macrosociales, se podría decir que en periodos de incertidumbre, de *miedo*, se necesitaría un nuevo pacto social que asegurara la estabilidad de la sociedad así como la inmutabilidad (siempre falsa) del Self. En la era de la modernidad tardía, la crisis cultural ha vuelto en forma de crisis ecológica global, generando miedos medioambientales muy concretos. Ante esta tesitura, emergen nuevas formas de entender antiguas religiones a la luz de las tensiones culturales y ecológicas contemporáneas, así como nuevas formas de religiosidad. La ecorreligión, esto es, la sacralización de la naturaleza, es una respuesta cultural a una crisis ecológica que provoca un nivel inusitado de miedo medioambiental, un nivel de miedo que ha de ser atendido y aplacado.

Para muchas personas, el origen de la crisis ecológica no se basa en causas materiales, sino que reviste un carácter espiritual, y por tanto, también su solución pasa por ser una solución de corte moral. El primer teórico que relacionó con mayor fuerza los vínculos entre religión y crisis medioambiental fue Lynn White, que en un célebre

¹ El presente trabajo se inscribe en el estudio “Identidad y fragmentación moral en Europa: religión, valores sociales y conflicto cultural”, financiada por la Fundación Centro de Estudios Andaluces y por la Fundación BBVA, al obtener una de las “Ayudas a la Investigación en Ciencias Sociales” de la Tercera Convocatoria.

artículo (1967) culpó a las religiones judeocristianas de la actual crisis ecológica, aduciendo que la religión cristiana impulsó y legitimó la explotación sin límites de la naturaleza bajo el imperativo divino de “creced y multiplicaos”. En tiempos más cercanos, Giner y Tàbara (1999), hablan de una nueva forma de espiritualidad, la Piedad Cósmica, impregnada de conciencia ecológica. Esta nueva forma de religiosidad constituiría una base fuerte moral de la práctica ecológica, que, en su esquema teórico, es necesaria para un cambio de valores que oriente a la sociedad a posiciones más respetuosas con el medio ambiente.

De esta manera, el presente artículo se centra en el estudio de la interacción entre tres factores: el miedo derivado de la crisis medioambiental, la conciencia ecológica, y la religiosidad dentro del ámbito europeo. El objeto de las páginas que siguen es por tanto profundizar en cómo influye el miedo medioambiental y la concepción sagrada de la naturaleza (así como los grados de creencia y las formas de religiosidad más tradicionales) en la conciencia ecológica y en los niveles de práctica pro-ambiental. Se va a analizar cómo se imbrican ambas esferas, miedo medioambiental y naturaleza sacralizada, en relación a los valores y prácticas de corte ecocéntrico. Se estudiará qué adscripciones religiosas conllevan valores ecologistas más elevados y su proyección en las prácticas ecologistas, y cómo media el miedo ambiental en todo ello. Se buscará, en fin, la base religiosa y cultural más sostenible para interpretar el mundo en una época de crisis medioambiental y su relación con el miedo globalizado, deteniéndonos en la naturaleza de este miedo y sus consecuencias inhibitoras o activadoras en la conducta ecológica de los europeos.

Los datos en los que se fundamenta el presente estudio se han tomado de la encuesta ISSP sobre medio ambiente de 2000, la última disponible². La ISSP es una asociación de programas de encuestas que organiza investigaciones de alcance multinacional, eligiéndose un tema concreto cada año³. Para el presente estudio, se han analizado los datos correspondientes a Europa. La encuesta incluye un total de trece países europeos. El cuestionario engloba cuarenta y seis preguntas y abarca diferentes aspectos de la percepción medioambiental así como de la práctica ecológica, tomándose las respuestas de la población mayor de 18 años.

² La inmediatamente anterior es de 1993.

³ Más información en www.issp.org.

A partir de los datos de la encuesta, se crea un factor de “valores ecocéntricos”, que mide la posición ecocéntrica de los sujetos, la medida en la que los valores ecológicos son centrales dentro de su esquema vital. Para ello, se ha utilizado un Análisis de Componentes Principales Categóricos, a partir del cual se ha obtenido una dimensión de valor con una selección de tres preguntas que, por su contenido semántico y sustantivo, se estimaban susceptibles de contener una dimensión soterrada que pudiera medir con fiabilidad el grado de ecocentrismo de los individuos de la muestra. La idea central del Análisis de Componentes Principales es conseguir la simplificación de un conjunto de datos procedentes de diversas variables interrelacionadas, consiguiendo un factor, como en este caso, o conjunto de factores.

Por su parte, también se ha realizado un Análisis de Componentes Principales Categóricos con el fin de hallar un factor de miedo medioambiental, construido en este caso a partir de siete preguntas. La solución factorial apuntaba a dos factores, el primero de los cuales interpretamos mide el miedo medioambiental. La adscripción a una religiosidad de carácter neoanimista de sacralización de la naturaleza denominada Piedad Cósmica (Giner y Tàbara, 1999) se ha deducido de una pregunta del cuestionario donde se indaga sobre el carácter sagrado de la naturaleza, a partir de la categoría de respuesta “la naturaleza es en sí misma espiritual o sagrada”.

Marco teórico I. El miedo medioambiental

En este estudio, nos centramos en dos hechos culturales concretos, el miedo medioambiental, y la religiosidad, en particular la denominada Piedad Cósmica, como forma de ecorreligión contemporánea. Por miedo medioambiental, entendemos la percepción de peligros de naturaleza incontrolable generados en el medio natural (aunque puedan a su vez estar causados por la acción humana) o generados en el medio social pero expandidos de manera incontrolable (y en muchos casos impredecible) gracias a agentes naturales⁴ y que provocan en las personas un sentimiento negativo de vulnerabilidad.

El miedo es un mecanismo evolutivo que cumple una función de protección, y que es común a las formas complejas de vida. Sin embargo, a pesar de esta base puramente biológica del miedo, y sin dejar de lado la dimensión psicológica, hay que

⁴ Como el viento en el caso de la catástrofe de Chernóbil.

hacer hincapié en el carácter cultural del miedo. Podemos hablar de culturas del miedo, de sistemas de creencias que conforman las emociones de miedo y les otorgan un sentido social. “Las sociedades humanas, a menos que carezcan por completo de cualquier concepto de miedo, siempre tienen ‘culturas de miedo’, al menos en el sentido en el que proporcionan a sus miembros el material cultural a partir del cual se constituyen el miedo y temor” (Tudor, 2003: 252). En una sociedad pueden coexistir múltiples culturas del miedo utilizadas por varios grupos sociales. El miedo también, como aspecto cultural de gran relevancia, llega a delinear y conformar las identidades (Furedi, 1997). El miedo es múltiple y diverso, y el miedo medioambiental no es una excepción. La experiencia del miedo medioambiental está continuamente mediada por factores culturales e históricos. De igual modo, la respuesta al miedo medioambiental va a variar entre bases culturales diferentes. Por ejemplo, el miedo no es siempre interpretado como algo negativo⁵.

Todo tipo de miedo puede fomentar la reacción o bien inhibirla, el miedo puede ser paralizante, pero también puede constituir un estímulo a la acción. A este respecto, Furedi (1997) señala que la ubicuidad del miedo produce una “moralidad de bajas expectativas”, produciendo un efecto fatalista de resignación. La globalidad y la envergadura de las causas materiales del miedo medioambiental producirían según el autor una apatía que se traduciría en menores índices de práctica y conciencia medioambiental. La causa de todo ello descansaría en un proceso de individualización de la sociedad que acrecentaría la sensación de vulnerabilidad de las personas. En esta era de individualismo, la moralidad tradicional quedaría reemplazada por protocolos de evasión del riesgo. La “moralidad de bajas expectativas” sería un producto de una “cultura de bajas expectativas”, una cultura donde las personas ya no tendrían fe en sí mismas, y donde la sociedad misma habría perdido la fe en la posibilidad de resolver sus problemas (Furedi, 1997).

Sin embargo, el miedo medioambiental no tiene por qué conducir necesariamente a la inacción y la falta de compromiso. Incluso en una sociedad de incertidumbre como es la sociedad del riesgo, la toma de decisiones continúa, aplicando por ejemplo el principio de precaución. La percepción de los riesgos medioambientales que amenazan a la sociedad puede fomentar también la conciencia ecológica. “Las

⁵ Para Hobbes, por ejemplo, es la base constitutiva del orden social, de la posibilidad misma de la sociedad humana.

amenazas a la vida por parte del desarrollo civilizatorio tocan comunidades de experiencia de la vida orgánica que conectan las necesidades vitales humanas con las de las plantas y los animales. Al morir los bosques, el ser humano se conoce como ‘ser natural con pretensiones morales’, como una cosa móvil y vulnerable más, como parte natural de un todo natural amenazado y del que es responsable [...] en la amenaza, el ser humano comprende que respira como las plantas y que vive del agua como los peces en el agua. La amenaza de contaminación le hace sentir que con su cuerpo forma parte de las cosas (un ‘proceso metabólico con la conciencia y la moral’) y que, por tanto, con las piedras y los árboles está expuesto a la lluvia ácida. Se vuelve sensible a una comunidad entre la tierra, las plantas, los animales y los seres humanos, una solidaridad de las cosas vivas que en la amenaza afecta por igual a todos y a todo” (Beck, 2002: 83).

En el presente trabajo se va a indagar en la relación entre miedo medioambiental y conciencia ecológica y el nivel de práctica en conducta pro-ambiental que comporta. Siguiendo a Beck, nuestra hipótesis es que el miedo medioambiental tiene un efecto positivo en la conciencia medioambiental. Algunos estudios anteriores apuntan en este sentido (Nordlund y Garvill, 2002; Major y Atwood, 2004; Schultz et al, 2005). La conciencia ecológica no conlleva necesariamente un nivel de práctica pro-ambiental elevado. A este respecto, partimos de la hipótesis de que la conciencia de peligros medioambientales favorece el comportamiento ecológico, al contrario de la idea de “moralidad de bajas expectativas” que defiende Furedi (1997). A nuestro parecer, la sociedad del riesgo se caracteriza por sufrir una crisis ecológica global, pero también por los esfuerzos globales por combatirla, tanto desde el nivel político como desde la subpolítica (Beck, 2002). La expansión de la preocupación por los peligros medioambientales en forma de comunidades transnacionales de riesgo también orienta la conciencia ecológica y fomenta la conducta pro-ambiental (Poortinga, Steg y Vlek, 2002).

Marco teórico II. Lo sagrado medioambiental

Dentro del ámbito de la investigación en Ciencias Sociales, una de las aportaciones sobre la relación entre religión y medio ambiente con mayor trascendencia ha sido la de Lynn White en su conocido artículo de la revista *Science* (1967). White sostenía que la causa principal de la situación de crisis medioambiental era la religión cristiana, la religión de corte más antropocéntrico que se había conocido a lo largo de la

historia en la civilización occidental. Lynn White devolvió la religión a la palestra intelectual en el estudio de la Sociología Medioambiental al proponerla como origen de la crisis medioambiental.

La idea que recorre el texto de White es que la tradición cristiana es de corte fuertemente antropocéntrico, aunque cuente con ejemplos paradigmáticos como San Francisco de Asís. Para ello se basa en varios fragmentos de la Biblia, haciendo hincapié en el momento fundacional, el Génesis, cuando Dios entrega la naturaleza al hombre para su disfrute, y acaba señalando que “crezca y se multiplique”. En este trabajo se va a explorar la hipótesis de White de que la religión judeocristiana es la más antropocéntrica de las religiones mayoritarias. Los estudios muestran resultados diversos; parte de los estudios se decantan por darle la razón a White (Dunlap y Van Liere, 1983; Hand y Van Liere, 1984; Guth et al, 1993), mientras que otros encuentran datos se oponen a sus tesis (Greely, 1993; Kanagy y Nelson, 1995; Hayes y Marangudakis, 2001). Por otro lado, se ha señalado que la tesis de White es demasiado simplista (Proctor y Berry, 2005), dado que interpreta la tradición cristiana como un todo unitario, existiendo variaciones importantes al respecto del grado de antropocentrismo entre católicos y protestantes, por ejemplo (Kearns, 1996, Sherkat y Ellison, 2007).

La idea de que tras la ética medioambiental exista una base religiosa no es moderna. De hecho, cuando la sensibilidad ecológica comienza a tomar un mayor auge en el siglo XIX en Estados Unidos, varias de las mayores figuras medioambientalistas del momento expresan sus ideas sobre el respeto a la naturaleza de una manera muy espiritual. John Muir, el padre de la idea de los parques naturales nacionales, entendía la naturaleza como un espacio espiritual de retiro (Nash, 1982). En tiempos más recientes, la Teoría Gaia (Lovelock, 1983), que concibe el planeta Tierra como un organismo vivo capaz de autorregularse, ha dado pie a formas de religiosidad de carácter ecorreligioso. También muchos grupos ecologistas de alcance internacional se sustentan sobre bases al menos pseudoreligiosas (Bron, 1994). Algunos autores señalan que el ecologismo se puede entender como una nueva religión civil (Iranzo, 1996), o como una verdadera religiosidad (Szerszynski, 1997).

El hecho de que una religiosidad puede ofrecer un camino de compromiso ecológico que acabe con la negativa situación medioambiental es la que subyace en el

artículo de Giner y Tàbara sobre la Piedad Cósmica (1999). La Piedad Cósmica es una forma de ecorreligión, esto es, una forma de religiosidad con un componente ecocéntrico de gran calado. Otras formas de ecorreligión pueden ser la Wicca⁶, religiosidades denominadas “reconstrucciones neopaganas”⁷, o, más relacionado con la religión cristiana, la ética espiritual creacionista (Kearns, 1996). Lo que distingue a la Piedad Cósmica de otras formas de ecorreligión es su carencia de doctrina concreta, de líderes espirituales, de rituales organizados. Se trata de una forma de religiosidad en auge, dada precisamente su naturaleza laxa y ambigua, personalista, ya que cada individuo la interpreta a su modo y le dota de un contenido propio.

Esta forma de veneración integra los puntos más esenciales del ecologismo con una visión trascendente de la naturaleza. “La Piedad Cósmica se distancia de los axiomas bíblicos en al menos tres sentidos. Primero, afirma que la presencia humana sobre la Tierra ni constituye la razón para la existencia del universo ni es la medida de todo. Segundo, entiende a la especie humana como parte interconectada con el resto de seres vivos, en lugar de sustantivamente diferente a ellos. Y tercero, la ciencia y la comunión con la Tierra forman desde su perspectiva los medios de acercarse a las fuerzas últimas que dotan de sentido al universo, y al papel de los seres humanos en el mismo” (Giner y Tàbara, 1999: 67). Se trata de tres diferencias sustanciales que convierten a la Piedad Cósmica en un sistema de valores más cercano al postmaterialismo que las religiones judeo-cristianas⁸, incluso en sus versiones actuales de corte más ecologista.

Se debe tener en cuenta que la Piedad Cósmica no es una religión, sino una religiosidad. Su carácter laxo hace que muchas de las personas que se inscriben en esta tendencia no se consideren a sí mismas como partidarias de esta religiosidad, o desconozcan su existencia. “Las conversiones ecológicas también tienen lugar entre aquellas personas que se consideran agnósticas o incluso ateas. Se puede producir por una inconsciente y progresiva toma de conciencia de los cambios en el mundo natural o, más frecuentemente, debido a una experiencia repentina o una imagen que se queda

⁶ Se trata de una tradición de origen esotérica creada por Gerald Gardner en la primera mitad del siglo XX, de carácter bifeísta, con una diosa llamada La Señora (la Tierra), y un dios masculino, El Astado.

⁷ Estas reconstrucciones neopaganas pretenden recuperar las antiguas religiones pre-cristianas locales, caracterizadas por una mayor importancia de la naturaleza en la doctrina. Destacan Asatrú (en Alemania y países escandinavos), la Dievturiva (en Leonita), la Romuva (en Lituania) o el neodruidismo.

⁸ Inglehart (1986) señala que los materialistas tienen más posibilidades de adherirse a normas judeocristianas que los postmaterialistas.

grabada en la retina de la persona. Un suceso en la vida de la persona que no es explicado en términos racionales puede ser suficiente para provocar la transformación personal producida por la conversión ecológica” (Giner y Tàbara, 1999: 69).

En estas páginas se va a comprobar el alcance ecocéntrico de la Piedad Cósmica, analizando si las personas que comparten esta forma de religiosidad tienen una conciencia ecológica efectivamente más elevada, y si esta conciencia se traduce en una conducta pro-ambiental destacable. También se comprobará si este tipo de religiosidad tiene más éxito entre aquellas personas con un miedo medioambiental más elevado, siguiendo el modelo de Wallace (1956) de desarrollo de religiosidades a partir de situaciones de crisis.

La Ecología del miedo

La expansión del fenómeno medioambiental en la sociedad globalizada exige de los actores sociales una posición y una interpretación determinadas del mundo y de cómo se ha de gestionar la interacción entre el ámbito social y natural. Se pueden diferenciar dos tipos de enfoques sobre la interacción entre sociedad y naturaleza. Es así que “se podría hablar de ‘individuos antropocéntricos’ que valoren al ambiente natural por la contribución de éste a la calidad de la vida humana y de ‘individuos ecocéntricos’ que valoran la naturaleza per se. Este enfoque implica una doble consideración de las creencias acerca de la relación individuo-medio ambiente natural: bien la creencia de que la naturaleza ha de estar al servicio del ser humano (antropocentrismo); o que ésta posee un valor intrínseco y en la que el propio ser humano forma parte como un elemento más (ecocentrismo)” (Amérigo et al, 2005: 258). De esta forma, diferenciamos entre una perspectiva antropocéntrica de carácter más tradicional⁹ donde la naturaleza se interpreta a través de la óptica y necesidades humanas, y el ecocéntrico, que pone el énfasis en la propia naturaleza, a la cual subordina la sociedad y que concede un valor al medio inmanente no relativizable.

Con el objetivo de operativizar el concepto de ecocentrismo, se crea el factor de “valores ecocéntricos”. Este factor se construye a partir de un Análisis de Componentes Principales Categóricos, como se explicó arriba, utilizando tres preguntas del

⁹ En un doble sentido: En que en esta perspectiva predominan las posturas materialistas (Díez Nicolás, 2004), y en que es la posición que se ha generalizado en los últimos siglos en la civilización occidental.

cuestionario. El factor “valores ecocéntricos” mide la intensidad del sentimiento ecocéntrico, de tal manera que puntuaciones bajas no van a suponer necesariamente valores antropocéntricos. En la bibliografía especializada se señala que las orientaciones ecocéntricas y antropocéntricas funcionan mejor como factores separados, esto es, antropocentrismo y ecocentrismo no serían componentes de un continuo (Grendstad y Wollebaek, 1998; Amérigo et al, 2005). Esta indicación tiene sentido al considerar la naturaleza bipolar de los valores, donde “los valores se presentan desdoblados en un valor positivo y el correspondiente valor negativo [...] no se crea que el desvalor, o valor negativo, implica la mera ausencia del valor positivo: el valor negativo existe por sí mismo y no por consecuencia del valor positivo” (Frondizi, 1992: 19). De esta manera, puntuaciones bajas en el factor ecocéntrico no implican *necesariamente* valores altos en antropocentrismo.

El factor “valores ecocéntricos” se construye a partir de las tres preguntas que miden el compromiso personal con el sistema de valores ecocéntricos: “Hay cosas más importantes que hacer en la vida que proteger el medio ambiente”; “muchas de las reclamaciones sobre las amenazas al medio ambiente son exageradas”; y “no tiene sentido que yo personalmente haga todo lo que pueda por el medio ambiente, a menos que los demás hagan lo mismo”. Se trata de preguntas que miden la centralidad de los valores ecocéntricos en la vida de las personas. En las tres preguntas, las categorías de respuesta son “totalmente de acuerdo”, “de acuerdo”, “ni de acuerdo ni en desacuerdo”, “en desacuerdo”, y “totalmente en desacuerdo”. A través de las categorías de desacuerdo a la primera pregunta, “hay cosas más importantes en la vida que proteger el medio ambiente”, obtenemos personas para las cuales las cuestiones relacionadas con el medio ambiente son más importantes que cualquier otro tipo de aspecto, dando idea de la relevancia de los valores ecocéntricos. La relativa a las “reclamaciones sobre amenazas sobre el medio ambiente”, nos habla del umbral de tolerancia en cuestiones de índole ecológico, que, para personas con alta puntuación de centralidad ecológica, debe ser mínimo.

Por último, la tercera no se refiere a conductas, sino a actitudes autónomas. En esta pregunta no se habla de llevar a cabo una conducta ecológica efectivamente, sino de sí, en el caso de llevarla a cabo, se utiliza un cálculo racional de coste-beneficio y se condiciona la acción al comportamiento ajeno. Por el contrario, la centralidad ecologista

dentro del esquema de valores del individuo implica la inclinación hacia la conducta asociada al valor únicamente en términos normativos: hago lo que está bien porque debo, no porque convenga. El que después se llegue efectivamente a la conducta “correcta” es otra historia.

Como se puede apreciar en la tabla 1, las variables saturan con puntuaciones altas en el factor, que tiene un alfa de Cronbach de 0’639, mostrando una consistencia interna elevada. Para entenderlo como valores ecocéntricos, lógicamente, debe invertirse el sentido de las preguntas del cuadro 1, como “nada más importante que proteger el medio ambiente”, “no hay nada exagerado sobre el medio ambiente”, y “hago lo que puedo por el medio ambiente aunque nadie más colabore”.

Tabla 1. Saturaciones del factor “valores ecocéntricos”.

	Dimensión
	1
Importancia del medio ambiente en la vida	,619
Compromiso personal con el medio	,565
Nada exagerado en la preocupación por el medio	,558

Fuente: *ISSP 2000 Environment II*. Elaboración propia

Siguiendo los objetivos del presente estudio, se ha construido un factor denominado miedo medioambiental a partir de las preguntas de la encuesta. El miedo medioambiental es un factor que va a medir el grado en el que las personas consideran que la intervención humana es peligrosa para el medio natural. Con este factor, se obtiene una expresión de la preocupación de las personas por la crisis medioambiental.

Para ello, en primer lugar, se han localizado aquellas preguntas con una carga semántica relacionada con el miedo y laafección medioambiental, para después llevar a cabo un Análisis de Componentes Principales Categóricos, obteniendo el factor deseado. Las preguntas seleccionadas han sido las siguientes ocho: “¿En qué medida piensa Ud. que la contaminación atmosférica producida por los automóviles es peligrosa para el medio ambiente?”; “¿cree Ud. que la contaminación atmosférica producida por la industria es, para el medio ambiente...?”; “¿cree Ud. que los pesticidas y los productos químicos utilizados en la agricultura son, para el medio ambiente...?”; “¿cree Ud. que la contaminación de los ríos, lagos y arroyos españoles, es, para el medio ambiente...?”;

“¿cree Ud. que un aumento de la temperatura de la Tierra, producido por el “efecto invernadero”, es, para el medio ambiente...”; “¿cree Ud. que la modificación genética de ciertos cultivos es, para el medio ambiente...”; y “¿cree Ud. que las centrales nucleares son, para el medio ambiente...” Las categorías de respuesta que se facilitan, son: “Extremadamente peligroso” “muy peligroso”, “algo peligroso”, “no muy peligroso”, y “nada peligroso”¹⁰. En estas posibilidades de respuesta se hace evidente especialmente el componente valorativo asociado al miedo. Se trata de preguntas que miden el daño medioambiental de ciertas acciones.

Tabla 2. Saturaciones en componentes del factor miedo medioambiental

	Dimensión
	1
Contaminación en ríos y lagos	,794
Contaminación industrial	,793
Uso de pesticidas en los cultivos	,781
El aumento de la temperatura del planeta	,721
La polución de los coches	,683
Modificar los genes de ciertos cultivos	,563
Las plantas de energía nuclear	,507

Fuente: *ISSP 2000 Environment II*. Elaboración propia

Dentro del factor miedo medioambiental, se obtiene un alfa de Cronbach de 0’843, una cifra muy alta que asegura la consistencia interna del factor. Como se observa en la tabla 2, todos los elementos cargan de forma importante en la dimensión. Las dos variables con puntuaciones de saturación más bajas son los referentes al peligro que entraña para el medio la modificación genética de las plantas, y el de las centrales nucleares, aunque siguen siendo lo suficientemente importantes (y pertinentes) como para mantenerlas.

Cuatro perfiles de la crisis ecológica

Con el fin de clarificar las relaciones entre miedo medioambiental y conciencia ecocéntrica, y permitir análisis posteriores, categorizamos los factores de valores

¹⁰ Además de los consabidos no sabe y no contesta.

ecocéntricos y miedo medioambiental. Se distinguen cuatro categorías en cada factor¹¹. La tabla 3 muestra cómo se articulan ambas variables entre sí.

Tabla 3. Cruce entre miedo medioambiental y valores ecocéntricos

Ecocentrismo	Miedo medioambiental			
	Mucho miedo	Bastante Miedo	Poco miedo	Nada miedo
Muy ecocéntrico	24,9%	17,4%	10,0%	2,3%
Bastante ecocéntrico	35,7%	40,1%	35,2%	23,0%
Poco ecocéntrico	24,3%	32,2%	45,3%	55,5%
Nada ecocéntrico	15,1%	10,3%	9,4%	19,2%
Total	100%	100%	100%	100%

Fuente: ISSP 2000 Environment II. Elaboración propia

Se puede apreciar la relación que existe entre ambos factores. Las personas con alto grado de miedo medioambiental, tienden a ser más ecologistas que las que tienen una sensación de seguridad medioambiental más alta. Esta tendencia se detecta claramente en el porcentaje de individuos “muy ecocéntricos” en cada una de las categorías de “miedo medioambiental”. Por su parte, el porcentaje de personas poco o nada ecocéntricos en la categoría “nada de miedo medioambiental” alcanza el 74’7%, mientras que para la categoría de “mucho miedo medioambiental” apenas suponen un 39’4%, casi la mitad. Esta relación entre los dos factores se explica de dos maneras complementarias. Por un lado, las amenazas medioambientales desarrollan en algunas personas los valores de corte ecocéntrico, que se convierte en una manera de minimizar el estrés personal causado por la amenaza de la crisis ecológica, dado que la integra en un discurso social definido, y propone una solución al miedo medioambiental que sufre la persona. Por otro lado, también algunas personas con una alta conciencia ecológica van a tender a pensar que toda afección al medio es siempre peligrosa, reforzando así la importancia social e individual de sus valores ecocéntricos. Es por ello que, como señalan Major y Atwood (2004), las noticias de corte ecologista tienden a relacionarse con un tono catastrofista o de amenaza.

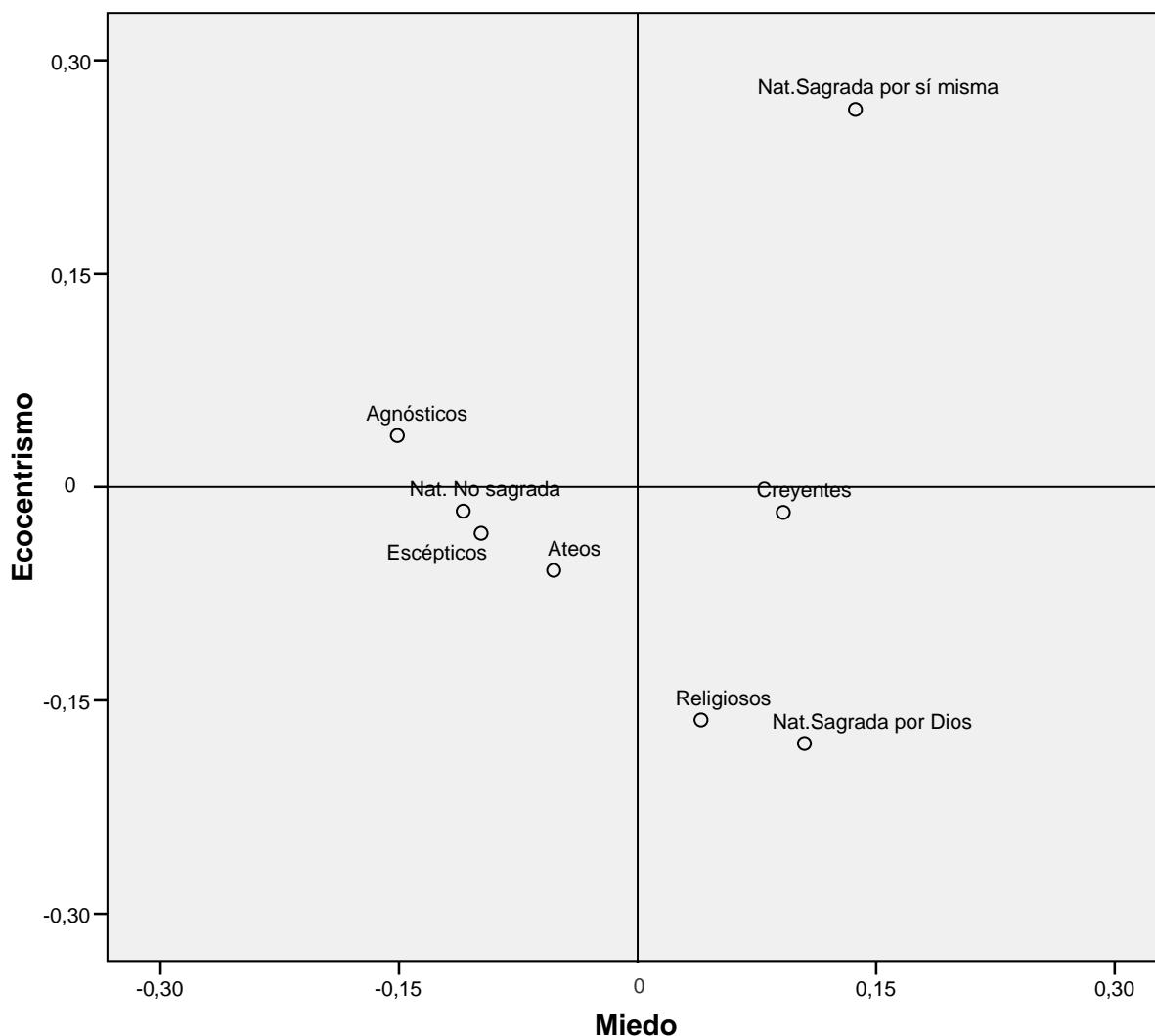
Continuando con los objetivos del estudio, pasamos a explicar cómo se relacionan los niveles de creencia religiosa y la interpretación de la naturaleza como un espacio sagrado en base a Dios, o sagrada por sí misma, y la interpretación del medio

¹¹ Los puntos de corte se realizan a partir de las puntuaciones de los factores como se especifica a continuación: menor a -1, entre -1 y 0, entre 0 y 1, y más de 1.

natural en términos puramente profanos. Para ello, en el siguiente cuadro se va a estudiar cómo el nivel de creencias religiosas y la concepción sagrada de la naturaleza se interrelacionan con los factores de miedo medioambiental y ecocentrismo. Dentro de las creencias religiosas, distinguimos cinco categorías: religiosos, creyentes, indecisos, agnósticos y ateos, construidas a partir de dos preguntas, una de religiosidad y otra de atención de servicios religiosos. Las personas que componen la categoría de religiosos, son aquellas que creen en Dios sin dudas, y que además acuden a los servicios religiosos al menos dos veces al mes. Esto es, personas que cumplen con la norma de participar en servicios religiosos una vez a la semana, y personas que lo hacen casi con la misma frecuencia. Por su parte, la categoría de creyente incluye a aquellos individuos que creen en Dios sin dudas, pero cuyo nivel de práctica religiosa es mucho más bajo, personas que acuden a los servicios religiosos una vez al mes, algunas veces al año o nunca.

Esta distinción entre religioso y creyente corresponde a posiciones culturales diferentes, donde los creyentes muestran un grado de crítica más alto con la religión institucionalizada, mientras que comparten creencias y valores con los religiosos. Sin embargo, ciertos dogmas y el aparato político de sus respectivas instituciones religiosas se toman de manera mucho más crítica para los creyentes que para las personas religiosas, presumiblemente más ortodoxas en sus planteamientos religiosos. Otra categoría social es la de los indecisos. Se trata de personas que no terminan de creer totalmente en la divinidad, ni de abrazar posturas puramente agnósticas o de corte ateo. Los agnósticos son aquellos individuos que priman la posición racional, donde creen únicamente en lo cognoscible a través de los sentidos o las leyes científicas; no dudan de la existencia de la divinidad, simplemente asumen que llegar a alguna conclusión al respecto es imposible. Otro tipo de agnósticos señalan que, el nivel trascendente, de existir, no confiere un sentido a la vida. Los ateos, por su parte, son aquellas personas que no albergan dudas en torno a la inexistencia de lo trascendente, están convencidas de que Dios no existe.

Cuadro 1. Creencia religiosa y concepción sagrada de la naturaleza en relación al ecocentrismo y el miedo medioambiental



Fuente: ISSP 2000 Environment II. Elaboración propia

El cuadro muestra cómo la religiosidad reacciona polarizándose en función del miedo medioambiental. Las categorías relacionadas con lo sagrado, los creyentes, religiosos y aquellas personas que consideran a la naturaleza sagrada (por Dios o en sí misma), obtienen puntuaciones positivas de miedo, mientras que el resto obtiene valores mucho más bajos. Los agnósticos son los que obtienen cotas más altas de seguridad medioambiental. Probablemente sea debido a que aplican en la evaluación de la amenaza medioambiental el mismo criterio de duda epistemológica que en relación a la posibilidad de la cognición de la divinidad. Por su parte, se puede observar que ambas interpretaciones sagradas de la naturaleza reciben puntuaciones de miedo muy similares, y bastante altas. Esto se debe a que si la naturaleza se concibe como un territorio sagrado, la posibilidad de que sea alterado se percibe como algo mucho más peligroso,

que afecta tanto al plano material como al trascendente. Se teme perder más aquello que más se aprecia, y la concepción de algo como sagrado indica un valor cultural añadido muy importante al respecto.

Por su parte, aquellas personas que creen en Dios sin dudas (religiosos y creyentes), también arrojan puntuaciones positivas en miedo medioambiental. La religión proporciona un sistema de creencias que ofrece estabilidad a las personas, una serie de elementos eternos e inmutables, seguros, una visión teleológica de la existencia que implica un sentido. La persona creyente y religiosa puede permitirse sentir miedo (medioambiental) en mayor medida que otras, entendido desde una perspectiva psicologista, dado que cuenta con herramientas culturales poderosas para combatirlo y armonizarlo con su vida cotidiana sin llegar a sufrir cotas altas de angustia o estrés ambiental. Por su parte, en el discurso social de las personas religiosas y creyentes, es más fácil que el miedo medioambiental entre a colación, dado que se entiende entonces como una falla moral de la sociedad moderna, como una consecuencia de la extensión del laicismo. En este sentido, el miedo medioambiental lleva implícito una crítica cultural. A éste respecto, en el cuadro se observa que las personas religiosas, de media, sienten menos miedo medioambiental que los creyentes. Al parecer, el contar con la presencia más cercana de la institución religiosa supone una fuente extra de seguridad, de estabilidad, que las personas más lejanas a la ortodoxia religiosa no comparten.

Si las concepciones sagradas de la naturaleza arrojaban puntuaciones muy similares al respecto del factor miedo medioambiental, suponen polos opuestos en lo relativo a los valores ecocéntricos. Al parecer, el concebir un espacio como sagrado no implica una valoración similar ni un deseo igual de protegerlo, o al menos no bajo la ética ecocéntrica. Las personas que interpretan que la naturaleza es sagrada por sí misma, esto es, aquellas que abrazan la forma de religiosidad de Piedad Cósmica, se caracterizan por una ética ecocéntrica muy alta, como bien apuntaban Giner y Tàbara (1999).

Si la interpretación sagrada de la naturaleza que caracteriza la Piedad Cósmica y la concepción sagrada teísta difieren al respecto de la valoración ecocéntrica es por dos razones. Por un lado, la Piedad Cósmica es una forma de religiosidad que incorpora lo trascendente al mundo material: la naturaleza es lo sagrado, y lo es en virtud de sí misma, sin referentes externos. Por ello, si la naturaleza desaparece, desaparece lo

sagrado en sí. Por esta razón, este tipo de religiosidad implica una salvación material de la naturaleza, un aquí y ahora. Las ecorreligiones (esto es, la incorporación de elementos ecocéntricos en las distintas religiones, que pueden llegar a ser centrales en sus doctrinas, como en el caso de la Piedad Cósmica), son por definición y carácter, formas de religiosidad de la postmodernidad, mientras que la religiosidad ortodoxa es de carácter más tradicional. Por esa razón observamos una diferencia tan notable entre los religiosos (un tipo de creencia más arraigada en la tradición) y los creyentes (personas que creen en Dios sin dudas, pero más alejados de la ortodoxia, presumiblemente). La ortodoxia de la religión judeocristiana (mayoritaria en Europa), tiene una impronta antropocéntrica que ya hizo notar White (1967) y que se ve refrendada por la posición que ocupan los religiosos en este cuadro, a pesar de los intentos últimos de la doctrina por reconducirla hacia un pensamiento más ecológico.

A partir de los factores de miedo medioambiental y ecocentrismo pasamos a crear cuatro perfiles medioambientales, que nos van a proporcionar cuatro maneras de entender y enfrentarse a la crisis ecológica. Para ello, se reducen a dos las categorías de cada factor, donde las puntuaciones negativas pasan a concretizar una categoría, y las positivas, otra. De este modo, obtenemos, para miedo medioambiental, las categorías “miedo medioambiental” y “seguridad medioambiental”, y para valores ecocéntricos, “ecocéntrico”, y “no ecocéntrico”. De la combinación de los cuatro, obtenemos los siguientes perfiles básicos:

Cuadro 2. Perfiles medioambientales

	Miedo medioambiental	Seguridad medioambiental
Ecocentrismo	Temor medioambientalista (27'2%)	Preocupación sin miedo (21'9%)
No-ecocentrismo	Temor a la naturaleza (19'3%)	Denegación (29'8%)

Fuente: *ISSP 2000 Environment II*. Elaboración propia

El temor medioambientalista es un perfil donde las personas arrojan cotas altas de miedo medioambiental, pero enmarcadas en un discurso ecocéntrico que le otorga un sentido. Aquí el miedo se asocia a valores positivos, que promueven la cohesión social. El ecocentrismo ha convivido con el miedo medioambiental durante mucho tiempo, y por ello ha desarrollado una serie de herramientas cognitivas para hacerle frente y desviar esas energías negativas que implica el estrés ambiental, en forma de rituales de práctica ecocéntrica.

El temor a la naturaleza, en cambio, incluye a aquellas personas que sienten miedo medioambiental, pero sin el abrigo que proporciona la ética ecocéntrica. De ahí que consideren a la naturaleza como un espacio frágil, pero sin enmarcarlo en un discurso social articulado que explique de manera grupal cómo superar la crisis ecológica y devolver la seguridad ontológica a los individuos. Para estas personas, la naturaleza se concibe como un dique, que, en caso de quebrarse, dejará pasar una “riada” de afecciones de orden natural al espacio humano. Esto es, el temor a la naturaleza se articula así en un miedo a que la problemática ambiental se traslade al ámbito social. El perfil de denegación recoge a aquellas personas que, a pesar de la presencia casi diaria de efectos de la crisis ecológica en la vida pública, eligen apartarla de sus preocupaciones. Para estas personas, ni existe una crisis ecológica ni la naturaleza es un espacio que ocupe una posición central en su sistema de valores. Por último, el perfil de preocupación sin miedo (miedo medioambiental, claro) es el de aquellos individuos que sostienen sus ideales ecocéntricos al margen de la vulnerabilidad del medio natural. Para estas personas el medio ambiente ha de protegerse no por una lógica del interés corte instrumental como forma de evitar males mayores en el ámbito humano, sino por su valor intrínseco, por una lógica de lo bueno de orden moral. Por ello, manifiestan una preocupación por la naturaleza que, sin embargo, se desarrolla al margen del temor.

A continuación pasamos a observar cómo se componen estos cuatro perfiles en función de la interpretación sacra o profana de la naturaleza, para entender de mejor manera cuáles son las lógicas culturales que los fundamentan.

Tabla 4. Perfiles medioambientales y concepción sacra y profana de la naturaleza

Interpretación de la naturaleza	Factores Medioambientales				Total
	Temor medioambientalista	Temor a la naturaleza	Preocupación sin miedo	Denegación	
Nat. sagrada por Dios	26,3%	26,6%	16,6%	30,5%	100%
Piedad Cós mica	36,8%	16,0%	26,0%	21,2%	100%
Nat. no sagrada	26,1%	17,7%	23,7%	32,5%	100%

Fuente: *ISSP 2000 Environment II*. Elaboración propia

Como se podía desprender del cuadro 1, las interpretaciones sacras de la naturaleza se concentran en aquellos perfiles caracterizados por cotas elevadas de miedo medioambiental. Las diferencias aparecen en la composición interna de la interpretación

sagrada de uno y otro perfil. El perfil de preocupación sin miedo es aquel donde la interpretación sacra teísta es más baja, con un 16%. Según muestran los datos, para comulgar con valores de corte ecocéntrico, las personas que sostienen la interpretación sacra teísta de la naturaleza necesitan de un componente de miedo medioambiental. En este perfil este dato se puede interpretar como que para llevar a cabo una evaluación de la naturaleza en los términos en los que la hace el perfil preocupación sin miedo, se necesita de un distanciamiento de corte más racionalista que el que permite una interpretación sacra, a la par que una consideración de la naturaleza como importante por sí misma, y no como resultado de la mediación divina. Por otro lado, parece lógico suponer que el tabú de “corromper” la naturaleza sacra genera una mayor predisposición al miedo.

Por contra, la Piedad Cósmica sí tiene un porcentaje importante de personas dentro del perfil de preocupación sin miedo, hasta diez puntos por encima de la interpretación sacra teísta. La Piedad Cósmica si es compatible con la idea de conceder importancia a la naturaleza como un fin en sí mismo, dado que su carácter sacro dimana directamente de ella. Sin embargo, este tipo de religiosidad tiende a ser más afín al temor medioambientalista, como demuestra el hecho de que, teniendo en cuenta los porcentajes por filas, el 36% de las personas que suscriben este tipo de religiosidad se concentran en este perfil. En gran medida, el temor medioambientalista es así un temor sacro, que en el próximo epígrafe comprobaremos si tiene una traslación en términos de conducta pro-ambiental.

El perfil denegativo arroja la proporción más baja de Piedad Cósmica, una religiosidad comprometida medioambientalmente y más dispuesta a asociarse a otro tipo de perfiles, como hemos visto. Los datos muestran que una interpretación sacra del medio ambiente es compatible con desestimar la posibilidad de la crisis ecológica. Estas personas realizan una interpretación sacra teísta de la naturaleza desligada de la realidad ecológica actual, una interpretación que es una expresión lógica de sus dogmas religiosos (dado que la Divinidad es sagrada, sus creaciones también lo son), pero desligada de una dimensión concreta.

Praxis ecocéntrica

El análisis de los perfiles medioambientales estaría incompleto si no se complementara con una dimensión práctica de conducta pro-ambiental. Por un lado, se

trata de una manera de definir más adecuadamente a cada uno y de observar diferencias significativas, y por otro este paso ayuda a comprobar si efectivamente los perfiles teóricamente más sostenibles influyen positivamente en el medio ambiente.

El cuadro 3 muestra cuáles son las dimensiones en base a las que se va a comprobar la práctica medioambiental de los perfiles anteriores. Dentro de la implicación valorativa, encontramos una primera dimensión actitudinal compuesta por una afirmación que mide el grado de inclinación a la acción: “simplemente es muy difícil que una persona como yo pueda hacer algo por el medio ambiente”.

Los tipos de regulación contenidos en la implicación valorativa parten del grado de acuerdo o desacuerdo con la afirmación de que “deberían establecerse acuerdos internacionales sobre los problemas del medio ambiente, de forma que España¹² y otros países estuvieran obligados a cumplirlos”. Otra pregunta es “si tuviese que elegir, ¿cuál de las siguientes afirmaciones se acercaría más a su punto de vista?”, donde se proporcionan dos posibles opciones: “el gobierno (cualquier gobierno) debería permitir que los ciudadanos decidieran por sí mismos cómo proteger el medio ambiente, aún cuando ello supusiera que no siempre hiciesen lo correcto”, y “el gobierno (cualquier gobierno) debería promulgar leyes que obligasen a los ciudadanos a respetar el medio ambiente, incluso si eso interfiere con el derecho que tienen a decidir por sí mismos”.

Cuadro 3. Tipos de implicación medioambiental

Tipo de implicación	Aspectos	Preguntas
Implicación valorativa	Actitudes	Dificultad de que la acción individual medioambiental tenga éxito.
	Tipos de regulación	Limitación de la libertad individual a favor de medidas medioambientales.
Necesidad de acuerdos internacionales vinculantes en materia medioambiental.		
Implicación práctica	Económica	Disposición a pagar precios más altos para mejorar la protección del medio.
		Disposición a pagar más impuestos para la mejorar la protección del medio.
		Disposición a aceptar recortes en el nivel de vida para la mejorar la protección del medio
	Conductual	Frecuencia de reciclaje.
	Política	Firma de peticiones sobre temas medioambientales.
		Donativos a grupos ecologistas.
Participación en manifestaciones de carácter ecologista.		

Fuente: ISSP 2000 Environment II. Elaboración propia

¹² En nuestro caso concreto.

Esta dimensión discrimina entre posiciones que abogan por la autonomía individual en materia medioambiental (que probablemente también sean extensibles a otros ámbitos de la vida), siguiendo una suerte de “mano invisible”, una filosofía del “laissez faire” donde la responsabilidad personal individual será la que finalmente acabe ajustándose de tal manera que la acción social termine siendo más sostenible. De cualquier manera, si la “mano invisible” no resulta ser más medioambientalmente sostenible sigue siendo preferible garantizar la libertad individual que restringirla en base a planteamientos de corte ecologista: entre autonomía personal o calidad medioambiental, se elige la primera opción. La pregunta sobre el orden internacional se entiende en los mismos términos, solo que en lugar de sacrificar autonomía personal, se sacrifica soberanía nacional por mor de la naturaleza.

La implicación práctica se mide a través de tres dimensiones, económica, conductual y política. La económica mide la capacidad de renuncia de bienes materiales a favor de una mejor protección medioambiental. La dimensión conductual se calcula sobre frecuencia de reciclaje en el hogar. El nivel de implicación político se desprende de la colaboración a distintos niveles con ONGs de carácter ecologista.

La tabla 5 muestra cómo los cuatro perfiles medioambientales se comportan en relación a los ámbitos de implicación valorativa y práctica. La primera pregunta, referente a la dificultad de la acción individual, mide hasta qué punto se siente como insalvable la magnitud de la crisis ecológica. A este respecto, destaca la puntuación de temor a la naturaleza, donde hasta un 14'9% está muy de acuerdo con esta afirmación, más de cinco veces la proporción del perfil preocupación sin miedo. El miedo medioambiental puede llegar a ser funcional pero, bajo ciertas circunstancias, se vuelve un inhibidor de la conducta, como sucede aquí. Estos datos encajan con la teoría de Furedi (1997) sobre la “moralidad de bajas expectativas”, donde las amenazas medioambientales se perciben como demasiado poderosas, anulando la capacidad de respuesta individual.

Tabla 5. Implicación valorativa en los perfiles medioambientales

Decisiones para la mejora medioambiental	Perfiles medioambientales			
	Temor medioambientalista	Temor a la naturaleza	Preocupación sin miedo	Denegación
Hacer algo por el medio ambiente: demasiado difícil				
Totalmente de acuerdo	3,9%	14,9%	2,8%	7,8%
De acuerdo	19,4%	32,8%	20,3%	33,1%
Ni de acuerdo ni en desacuerdo	9,8%	14,5%	15,3%	18,9%
En desacuerdo	46,9%	29,1%	49,5%	33,9%
Totalmente en desacuerdo	20,0%	8,7%	12,1%	6,3%
Total	100%	100%	100%	100%
Limitación de la libertad individual				
Promulgar leyes	89,4%	78,4%	82,9%	68,1%
Decidir por sí mismos	10,6%	21,6%	17,1%	31,9%
Total	100%	100%	100%	100%
Necesidad de promulgar acuerdos internacionales				
Totalmente de acuerdo	68,4%	56,0%	49,7%	34,8%
De acuerdo	29,1%	38,7%	45,1%	54,5%
Ni de acuerdo ni en desacuerdo	1,7%	4,1%	4,0%	8,8%
En desacuerdo	,8%	,9%	1,1%	1,7%
Totalmente en desacuerdo	,0%	,3%	,1%	,2%
Total	100%	100%	100%	100%

Fuente: ISSP 2000 *Environment II*. Elaboración propia

Sin embargo, Furedi asume que todo tipo de miedo medioambiental conlleva esta “moralidad de bajas expectativas”, cuando el perfil de temor medioambientalista apunta en dirección opuesta. De hecho, el 66’9% de las personas que suscriben el perfil de temor medioambientalista están en desacuerdo y muy en desacuerdo con la afirmación de que la acción medioambiental individual resulta inútil. La “moralidad de bajas expectativas” deja de tener preponderancia en la acción personal cuando ésta trasciende el ámbito del cálculo racional de pros y contras, cuando cuenta con una ética definida que respalde y controle ese miedo medioambiental, proveniente del ámbito ecocéntrico profano así como de una base sacra de interpretación de la naturaleza.

Tabla 6. Implicación práctica en los perfiles medioambientales

Conductas para proteger el medio	Temor medioambientalista	Temor a la naturaleza	Preocupación sin miedo	Denegativo
Pagar precios más altos				
Muy a favor	8,2%	4,8%	4,1%	1,7%
Bastante a favor	40,5%	26,8%	33,2%	22,5%
Ni a favor ni en contra	25,9%	24,9%	30,4%	30,5%
Bastante en contra	15,5%	24,0%	24,3%	26,3%
Muy en contra	10,0%	19,5%	8,0%	18,9%
Total	100%	100%	100%	100%
Pagar más impuestos				
Muy a favor	5,0%	2,6%	1,7%	,8%
Bastante a favor	27,9%	16,6%	21,4%	14,2%
Ni a favor ni en contra	24,0%	20,0%	27,0%	23,8%
Bastante en contra	25,2%	29,2%	30,5%	31,3%
Muy en contra	17,9%	31,7%	19,4%	30,0%
Total	100%	100%	100%	100%
Recortes en su nivel de vida				
Muy a favor	5,9%	3,5%	2,7%	1,0%
Bastante a favor	39,7%	22,1%	35,0%	17,7%
Ni a favor ni en contra	25,4%	20,5%	28,9%	25,5%
Bastante en contra	16,6%	27,2%	23,7%	31,6%
Muy en contra	12,4%	26,7%	9,7%	24,1%
Total	100%	100%	100%	100%
Frecuencia de reciclaje				
Siempre	56,1%	43,8%	49,7%	40,7%
A menudo	21,3%	21,3%	24,6%	22,1%
Algunas veces	13,1%	15,4%	15,5%	18,8%
Nunca	5,5%	12,0%	6,2%	13,2%
No aplicable	4,0%	7,4%	4,0%	5,2%
Total	100%	100%	100%	100%
Firmar una petición ecologista				
Sí	37,4%	20,7%	26,0%	13,1%
No	62,6%	79,3%	74,0%	86,9%
Total	100%	100%	100%	100%
Donar dinero a una ONG				
Sí	24,7%	13,8%	21,3%	12,4%
No	75,3%	86,2%	78,7%	87,6%
Total	100%	100%	100%	100%
Participar en manifestación				
Sí	7,8%	4,7%	3,3%	2,6%
No	92,2%	95,3%	96,7%	97,4%
Total	100%	100%	100%	100%

Fuente: ISSP 2000 Environment II. Elaboración propia

A pesar de la grandiosidad de las amenazas, si lo amenazado se convierte en un sagrado (o sagrado social) se elige la acción, a pesar de ser una elección irracional, o quizás precisamente por eso. Se trata de una tendencia que se observa más claramente al tener controlado el efecto del miedo medioambiental en el perfil de convicciones personales. Comparando las puntuaciones de ambos perfiles, se observa que el temor medioambientalista arroja un saldo ecológico mayor. El miedo medioambiental es un activador de la conducta pro-ambiental para las personas del temor medioambientalista por encima de los individuos que se adscriben a los valores ecologistas pero se caracterizan por puntuaciones menores de miedo medioambiental.

El temor medioambientalista es el perfil donde se alcanza el porcentaje más alto de acuerdo a favor de medidas medioambientales “desde arriba” aún suponiendo la restricción de libertades individuales, con un abrumador 89%. La tradición europea es tan estatalista a este respecto, y la presión que ejerce en la opinión pública la crisis ecológica es tan amplia, que hasta el perfil denegativo alcanza a este respecto un 68% de acuerdo.

El temor a la naturaleza, por su parte, arroja cifras más tímidas en todas dimensiones de práctica medioambiental. Es más, en la mayoría de los casos, sobre todo los que implican una renuncia material, tiene porcentajes similares al perfil denegativo en las categorías que se oponen a las medidas pro-ambientales. Tiene lógica, dado que si se considera que la acción individual es incapaz de solucionar los problemas medioambientales, también se considera inútil realizar pagos involuntarios con el mismo fin. Para estas personas, el agente más adecuado para acabar con la crisis ecológica global, si es que ello es posible, es el estatal o el supraestatal, tal y como se desprendía de la tabla 5, y de las puntuaciones, moderadamente altas, que alcanza en la dimensión política en la tabla 6 (exceptuando la aportación de fondos a los grupos ecologistas). La recogida de firmas, la participación en manifestaciones, se entienden como medidas de presión para un gobierno, que según este perfil, tendría la responsabilidad de proteger de los males medioambientales a los individuos, pero sin exigirles renunciaciones de corte material.

El factor religioso

En la actualidad, el modelo de interacción entre sociedad y medio ambiente vigente en la modernidad está quedando en entredicho, y se está gestando un nuevo

pacto social. En este consenso social, la religión como institución social y las diferentes formas de religiosidad van a jugar un papel de gran importancia dado su peso específico dentro del universo simbólico del individuo. Cuando Wallace (1956) señala que la mayoría de las religiones nacen de crisis culturales, de momentos de tensión individual y social, de épocas de miedo generalizado, surge la duda de si la Piedad Cósmica se ajustará a este modelo teórico. La Piedad Cósmica, como nueva religiosidad de corte postmaterialista nacida en la crisis de la modernidad y bajo el signo del desequilibrio ecológico mundial parece reunir las características propicias para ser una “hija de la crisis”. Para ello, debería ser entonces especialmente sensible al miedo medioambiental. Sin embargo, la tabla 7 muestra cómo, a pesar de que la Piedad Cósmica muestra una cierta tendencia al miedo más intensa que en la interpretación profana de la naturaleza, sus puntuaciones son muy similares a las de la interpretación sacra teísta.

Tabla 7. Miedo medioambiental de la interpretación sagrada y profana de la naturaleza

Interpretaciones de la naturaleza	Miedo medioambiental				Total
	Mucho miedo	Miedo	Poco miedo	Nada miedo	
Sacra teísta	20,1%	32,9%	40,5%	6,5%	100%
Piedad Cósmica	22,1%	30,8%	41,4%	5,7%	100%
No sagrada	15,4%	28,4%	47,9%	8,3%	100%

Fuente: *ISSP 2000 Environment II*. Elaboración propia

El grado más elevado de miedo medioambiental, común a las dos maneras de interpretación sacra de la naturaleza, es producto de una reacción humana lógica: se teme perder más aquello que más se quiere. Por otro lado, lo sagrado es muy vulnerable a la “contaminación”, para “impurificar” el tótem es suficiente con tocarlo. Si bien las dos maneras sacras de interpretación de la naturaleza reaccionan de igual manera al miedo medioambiental, sus diferencias se hacen patentes en la manera de gestionar este miedo.

En el cuadro 1 ya se ha puesto de manifiesto la inclinación de la Piedad Cósmica hacia los valores ecocéntricos, mucho más pronunciada que la de aquellas personas que consideran a la naturaleza como sagrada por Dios y aquellas que no la consideran sagrada. Con respecto a la práctica medioambiental, las personas que se adhieren a la religiosidad de la Piedad Cósmica, son las que arrojan índices más altos en las diez

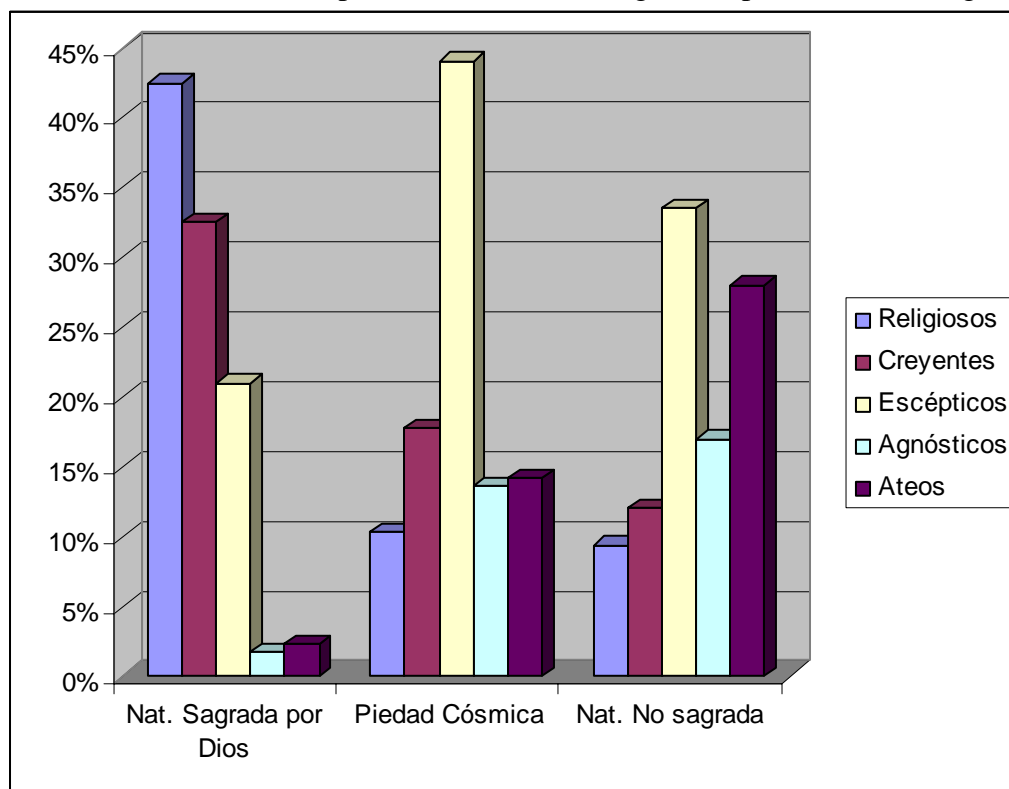
preguntas que conforman los dos tipos de implicación, valorativa y práctica¹³. Efectivamente, la Piedad Cósmica, como bien señalaban Giner y Tàbara, constituye una ética de carácter ecocéntrico, que además sostiene unos índices altos de práctica medioambiental, datos congruentes con otros estudios que analizan otras formas de ecorreligión (Proctor y Berry, 2005: 1574). Considerar a la naturaleza como sagrada en sí misma constituye, según muestran los datos, un acicate a las actitudes pro-ambientales.

La religiosidad de la Piedad Cósmica puede incluir a personas con distintas creencias como se ha visto (Giner y Tàbara, 1999: 69), su carácter laxo y desestructurado lo hace posible. Por otro lado, también la visión profana de la naturaleza puede darse en personas creyentes. Con el objetivo de explicar en profundidad las bases culturales de las interpretaciones sagradas y secular a naturaleza, se va a analizar la composición de las creencias de las personas que suscriben cada una de las tres formas de concebir la naturaleza (sagrada teísta, Piedad Cósmica, y visión profana).

En el gráfico 1 se aprecia cómo la mayoría de las personas que componen la interpretación sagrada teísta, creen firmemente en Dios. En concreto, religiosos y creyentes suman el 75% del total de individuos que interpretan a la naturaleza sagrada por Dios. Se observa una ligera preponderancia de los religiosos sobre los creyentes, preponderancia que se confirma al comprobar que, del total de religiosos, el 63'7% se concentra en la categoría de naturaleza sagrada teísta, mientras que en el caso de los creyentes, este porcentaje es del 49%, bastante más bajo. La idea de que la naturaleza es sagrada por delegación divina es así más afín a una interpretación religiosa ortodoxa.

¹³ En tres casos las diferencias no son significativas entre Piedad Cósmica y concepción profana de la naturaleza. Se trata de la referente al reciclaje, a pagar precios más altos, y en la disposición a la acción individual.

Gráfico 1. Formas de interpretar la naturaleza desglosado por creencias religiosas



Fuente: ISSP 2000 Environment II. Elaboración propia

La Piedad Cósmica también cuenta con un porcentaje notable de personas que creen en Dios sin atisbo de duda: religiosos y creyentes suman un 28'1%. Esto es, más de una de cada cuatro personas que se adhieren a la religiosidad de la Piedad Cósmica cree firmemente en Dios, un dato que no está en contraposición a la lógica interna de esta religiosidad. Dentro de las ecorreligiones, existen corrientes también dentro del cristianismo (al que hacemos referencia ahora por su importancia como religión mayoritaria en Europa) que se desvían del pensamiento tradicional con respecto a la relación entre naturaleza y sociedad y que pueden quedar incluidas en esta religiosidad laxa que es la Piedad Cósmica (Kearns, 1996). Algunos pensadores a este respecto son Thomas Berry o Rosemary Radford Ruether. El porcentaje de creyentes casi dobla al de religiosos en esta categoría, dato que no debe de sorprender, puesto que pensadores como los anteriores han sido muy criticados por parte de la línea ortodoxa.

La posición escéptica es la mayoritaria dentro de la Piedad Cósmica. Se trata de una religiosidad muy adecuada para este perfil de individuos, ya que tiene un corpus doctrinal muy laxo que permite distintos niveles de creencia sin penalizar unos sobre otros. El escepticismo es una posición cultural donde predomina la duda religiosa, esto es, se puede entender que gran parte de los escépticos están en la disposición a creer,

pero las religiones tradicionales les resultan ajenas en este punto. De esta forma, nuevas formas de religiosidad (que no religión) como la Piedad Cósmica, de carácter más desestructurado, son espacios culturales donde los escépticos pueden dar cabida a sus inquietudes en este sentido. Como era de esperar, el ateísmo y el agnosticismo son las principales categorías de la interpretación profana de la naturaleza. De hecho, el 81% de todos los ateos se concentran en esta forma de concebir la naturaleza, al igual que el 74% de los agnósticos.

Teniendo en cuenta las adscripciones religiosas, destaca el hecho de que la mayoría de los fieles de religión islámica, un 80%, se concentra en la categoría que concibe la naturaleza como sagrada por Dios, frente a un 33% de católicos, un 25% de protestantes, un 40% de judíos, un 39% de ortodoxos y un 56% de religiones orientales¹⁴. Para los musulmanes (europeos al menos), la fuente única de lo sagrado es Alá, de tal manera que la naturaleza no puede revestir un carácter sagrado o espiritual de forma autónoma, ni la naturaleza se va a interpretar como importante independientemente de su carácter divino. Para este sector de la población, lo importante es lo sagrado, y lo sagrado deviene de Dios. Las religiones no occidentales (la judía, la ortodoxa cristiana y el conglomerado de religiones orientales) tienden a esta interpretación teísta de la naturaleza sacra, probablemente por ser de un carácter más tradicional.

Las religiones con mayores porcentajes de simpatizantes con la Piedad Cósmica, son, por un lado, el conglomerado de las religiones orientales (donde un 56% del total se adhieren a esta categoría), la ortodoxa (39%), la protestante (20%) y la católica (18%). Las religiones mayoritarias de países con una tradición secular muy intensa (esto es, las judeocristianas), se caracterizan por porcentajes muy altos en la interpretación profana de la naturaleza, que reúne aproximadamente a la mitad de los fieles de estas religiones¹⁵.

Analizando cómo se distribuyen los niveles creencias a lo largo de los cuatro perfiles medioambientales, se observa que la mayor concentración de individuos que

¹⁴ Se trata de un conglomerado de religiones, compuesto principalmente por la religión budista, hindú, y sij, que, por su carácter minoritario en Europa, se agrupan bajo una misma nomenclatura. Estas tres religiones tienen puntos básicos en común en sus creencias, como la referente a la reencarnación, por ejemplo.

¹⁵ El 54'2% de los protestantes, el 50'2% de los judíos, y el 48'1% de los católicos.

creen sin dudas en Dios (religiosos y creyentes) se encuentra en el perfil de temor medioambientalista, que ya se vio anteriormente que tendía hacia interpretaciones sacras de la naturaleza. El otro factor donde se concentra el mayor número de estas personas es el denegativo, donde no se observan apenas diferencias entre los distintos niveles de creencias religiosas. El perfil denegativo es, a este respecto, independiente del grado de creencia. Tanto religiosos como creyentes tienen porcentajes bajos en el perfil preocupación sin miedo, que parece respaldado por una ética laica más que por una concepción sacra de la vida (así como de la naturaleza, como se ha visto). Los agnósticos muestran una tendencia inferior a la media en su adscripción al temor a la naturaleza y en cambio se concentran de manera más intensa en el perfil preocupación sin miedo. La base cultural del agnosticismo se adecua bien al perfil preocupación sin miedo, que interpreta la crisis ecológica desde un punto de vista racional y evaluativo, dejando de lado el miedo medioambiental. En cambio, el agnosticismo no es proclive a actitudes como la del perfil frágil fatalista, donde una amenaza desmesuradamente grande anula el juicio (y la práctica, como se ha visto). A pesar de partir de realidades culturales muy distintas, escépticos y ateos reaccionan de forma similar respecto a los perfiles medioambientales.

Se ha observado, de acuerdo con el clásico trabajo de Hand y Van Liere (1984), que el acudir a los servicios religiosos está relacionado con bajas puntuaciones en valores ecocéntricos. De las personas que acuden todas las semanas a los servicios religiosos, un 8% se pueden considerar “muy ecocéntricos”¹⁶, porcentaje que sube hasta un 13’6% cuando se acude entre dos y tres veces al mes, para pasar a un 14’6% cuando se participa tan solo una vez al mes, hasta llegar a un 17’6% cuando se acude algunas veces al año. Por un lado, las personas que acuden con gran frecuencia a los servicios religiosos pertenecen en gran parte de los casos a unas cohortes generacionales más tradicionalistas, aunque controlando la variable edad¹⁷, se observa que las personas religiosas son, en tanto religiosas, significativamente menos proclives que las demás formas de creencia religiosa a participar de una ética ecocéntrica. Por otro lado, estas personas están más influidas, evidentemente, por la ortodoxia religiosa, que solo ha empezado a asimilar la necesidad de un cambio de actitud con respecto al medio

¹⁶ Aplicando la categorización del factor ecocentrismo en cuatro categorías, como se ha visto más arriba: “muy ecocéntrico”, “bastante ecocéntrico”, “poco ecocéntrico”, y “nada ecocéntrico”.

¹⁷ A este respecto, se observa el fenómeno bien conocido de que las edades más jóvenes promulgan valores de corte postmaterialista más acentuados que las de mayor edad. A pesar de ello, también las cohortes más jóvenes tienen puntuaciones negativas en ecocentrismo.

ambiente desde hace unas décadas, pero que, como toda institución, tardará un tiempo más en cambiar sustancialmente al respecto.

La práctica pro-ambiental muestra resultados diversos al respecto del nivel de práctica religiosa, medida a partir de la atención a servicios religiosos. Como se ha visto anteriormente, la bibliografía especializada no ha encontrado una relación lineal entre valores ecocéntricos y práctica medioambiental, fenómeno que también se repite en nuestros datos. Es por ello que, aunque las personas que acuden con mayor frecuencia a los oficios religiosos arrojan valores bajos en ecocentrismo, en algunas de las dimensiones prácticas que se han utilizado aquí, ofrecen resultados más altos que aquellas personas que acuden con menor frecuencia. ¿Por qué?

Las personas no tenemos opinión con respecto a todo. En el dado por supuesto de la vida cotidiana (siguiendo a Schutz), las personas tampoco pueden perder tiempo, energía y estrés psicológico tratando de evaluar cada nuevo aspecto o fenómeno social. Así, para muchas personas religiosas, el ecocentrismo es un sistema de valores que se percibe como ajeno por su carácter postmaterialista (con todo lo que ello implica), por las prácticas anti-sistema de muchos grupos ecologistas, por la tendencia de algunas corrientes de la ecofilosofía de sacralizar la naturaleza sin recurrir a la Divinidad. Sin embargo, algunas formas de práctica ecológica, como la práctica económica pro-ambiental, se asocian a conductas cristianas de gran tradición, en este caso, el recurso de la caridad. Siguiendo esta explicación (que compartimos con Biel y Nilsson, 2005), se explican diferencias en algunos tipos de práctica pro-ambiental, que las personas religiosas relacionarían con su sistema cultural, y las percibirían como propias¹⁸.

En el nivel de atribución valorativa, no se observan diferencias significativas en cuanto a la renuncia de libertades individuales ni soberanía nacional al respecto de la mejora medioambiental. La otra pregunta del nivel de atribución valorativa es la disposición a la acción, donde se observa cómo las personas que más acuden a los servicios religiosos están más a favor de la afirmación de que “simplemente es muy difícil que una persona como yo pueda hacer algo por el medio ambiente”: un 40’3% de personas que acuden una vez a la semana a servicios religiosos está muy de acuerdo o de acuerdo con esta afirmación, contra un 29’9% de personas que acuden alguna vez al

¹⁸ A este respecto, es llamativo el artículo de Wynn (2004), donde se habla de “emociones cristianas”, emociones que serían teóricamente patrimonio de esta religión.

año. El pensamiento fatalista está más relacionado con la ortodoxia cristiana, al parecer, con ejemplos como Job, que debe padecer todo tipo de males sin poder (ni querer) hacer nada por evitarlo. En el nivel de atribución práctica, las personas que acuden frecuentemente a misa, destacan en la dimensión económica, muy asociada a la idea cristiana de caridad. Sin embargo, sus puntuaciones son más bajas cuando, dentro de esta dimensión, se pregunta por el sacrificio del nivel propio de vida, una práctica que no se relaciona ciertamente con la idea de caridad. Dentro del nivel de compromiso político, se observan puntuaciones inferiores cuanto más asidua se hace la participación en servicios religiosos.

En cuanto a las adscripciones religiosas, los católicos se concentran principalmente en el perfil de temor medioambientalista (27'6%) y denegación (29'8%). El perfil que menos católicos recoge es el de preocupación sin miedo (18'1%). Por su parte, los protestantes arrojan una cifra prácticamente igual en el perfil de temor medioambientalista (27'9%)¹⁹. Los perfiles que se podrían calificar de “más religiosos”, aquellos donde religiosos y creyentes alcanzan el 40% de la composición del perfil, son el temor medioambientalista y el temor a la naturaleza. El perfil menos religioso, con un 29% de creyentes y religiosos, es el de preocupación sin miedo, aspecto que encaja con la filosofía particular de este perfil, como se ha ido poniendo de manifiesto.

Un dato destacable es que la única religión cuyos feligreses, como media, tienen valores de carácter ecocéntrico, es la protestante. No es un dato que sorprenda demasiado, dado que los países protestantes, en Europa, se caracterizan por valores de corte postmaterialista más elevados, y en concreto por una ética ecologista más pronunciada según la bibliografía especializada (Díez Nicolás, 2004).

Los datos muestran diferencias estadísticas significativas entre protestantes y el resto de las adscripciones religiosas contempladas al respecto del factor de ecocentrismo. De este modo, se desmiente la hipótesis de White de que las religiones de raíz judeocristiana son menos ecocéntricas (otro autor que señala una correlación entre religión judeocristiana y ecocentrismo es Whitney, 1993, también se puede encontrar en Proctor y Berry, 2005). El error de White en este punto es el de partir de la base de que

¹⁹ Muy similares ambas a la media de la población que se adscribe al perfil.

unas posturas de “dominio medioambiental” como las que sostiene el Génesis conllevan necesariamente valores de corte antropocéntrico.

Por otro lado, otra de las fallas de la argumentación de White es el de no hacer distinciones entre las distintas confesiones religiosas dentro del judeocristianismo (Hand y Van Liere, 1984; Proctor y Berry, 2005). Teniendo en cuenta las formas de implicación valorativa y práctica, se observa que no existen diferencias significativas entre protestantes y católicos ni en tanto en cuanto a la dimensión económica ni a la de la predisposición a la conducta, estando en todas ellas entre las que alcanzan puntuaciones ecocéntricas más altas, mientras que esas diferencias sí existen con respecto a los cristianos ortodoxos.

Conclusiones

La religión constituye una cosmovisión del mundo, de las relaciones entre las personas y de las interacciones entre sociedad y naturaleza. Como tal, la religión representa una constelación de modelos de referencia que como se ha visto, influyen en la ética ecológica y la conducta medioambiental de las personas. Estos modelos de referencia, se “activan” cuando ciertos temas medioambientales se asocian a la ética religiosa propia (Biel y Nilsson, 2005). Este es el caso de las personas religiosas que, a pesar de recoger puntuaciones bajas en valores ecocéntricos, asocian ciertas conductas medioambientales como el pago de mayores precios para proteger el medio ambiente con la tradicional caridad cristiana y la suscriben por encima de otros perfiles a priori más ecocéntricos.

Al contrario de lo que afirmara White (1967), las religiones judeocristianas no tienen conductas pro-ambientales más bajas que el resto de las religiones. De hecho la religión con puntuaciones ecocéntricas más elevadas es la protestante, y al tener en cuenta las conductas de corte pro-ambiental, católicos y protestantes se distinguen por posiciones más ecologistas que otras religiones no cristianas (en Europa). Por otra parte, y de acuerdo con la bibliografía (Proctor y Berry, 2005) se observan diferencias entre confesiones cristianas, otro factor que White pasó por alto en su interpretación de la religión judeocristiana como la fuente de la crisis medioambiental actual. A este respecto, los cristianos ortodoxos obtienen puntuaciones ecocéntricas inferiores que protestantes y católicos.

Los cuatro perfiles medioambientales, temor medioambientalista, temor a la naturaleza, preocupación sin miedo y denegación, han mostrado la importancia del miedo ambiental en la centralidad de los valores ecocéntricos en la vida de las personas, así como en los diferentes niveles de práctica pro-ambiental. El perfil de temor medioambientalista ha demostrado tener niveles superiores de conducta ecológica que los demás perfiles, esto es, controlando otros factores, se observa que el miedo medioambiental supone un elemento dinamizador en el ámbito ecocéntrico. El aspecto instrumental del miedo medioambiental, y que se articula bajo la idea de que la naturaleza debe ser protegida porque está en peligro (porque *estamos* en peligro), se constituye en una fuerza motriz del ecocentrismo contemporáneo en Europa, al contrario de lo que afirmaba Furedi (1997), con su idea de una sociedad de “moralidad de bajas expectativas”. Para Furedi, el miedo medioambiental tenía un efecto inhibitorio en la conducta, pero los datos muestran que el miedo medioambiental puede provocar una “moralidad de últimas consecuencias”, un “ahora o nunca”, que tiene consecuencias opuestas a las previstas por el pensador británico.

Como se ha visto, las interpretaciones sacras de la naturaleza se caracterizan por grados elevados de miedo medioambiental. El hecho de concebir la naturaleza como un espacio sagrado lo hace más vulnerable a los peligros, que pueden entonces afectarla de dos maneras, como contaminación física y como impurificación, siendo esta última dimensión mucho más difícil de reparar. Dios es eterno, pero la naturaleza, incluso la naturaleza sagrada, no puede serlo.

A este respecto, destaca el compromiso medioambiental de la Piedad Cósmica en los dos ámbitos de la práctica ecocéntrica. Se trata de una religiosidad que nacida en mitad de la crisis de la modernidad, dispone de las herramientas cognitivas y la capacidad de movilización (de las actitudes personales) más adecuadas para lidiar con la problemática ecológica global. Por su naturaleza laxa y poco estructurada y la característica de la inmediatez en la interacción de la persona con lo sagrado (a diferencia de la relación mediada de la tradición judeocristiana a través de un grupo de expertos, el clero), la Piedad Cósmica puede congrega a un amplio abanico de creencias religiosas. A este respecto, favorece particularmente la participación de la posición cultural escéptica, central en la sociedad europea en el momento actual

(Bericat, 2007), lo cual, en principio, garantiza el crecimiento de este tipo de religiosidad.

El anclaje sagrado del ecocentrismo que implica la Piedad Cósmica supone una forma de extender y popularizar la racionalidad ecocéntrica²⁰ así como un acicate a las conductas pro-ambientales bajo el paraguas de un miedo medioambiental que se siente más intenso al interpretar la naturaleza como un espacio sagrado, y que favorece una implicación ecocéntrica más intensa. A la pregunta de qué es lo que hace que una forma de religiosidad concite valores y actitudes más favorables al medio ambiente, con los resultados del estudio se puede responder que el miedo medioambiental es un factor importante en todo ello, ya que, como se ha visto, constituye un acicate a la práctica ecológica. Un factor de gran importancia es una interpretación sacra de la naturaleza, pero esta sacralidad, para conllevar valores y prácticas ecologistas debe fundamentarse en su carácter inmanente, y no recurrir a un plano trascendente, tal y como sucede en el caso de la Piedad Cósmica. La Piedad Cósmica es la forma de religiosidad más ecocéntrica de las contempladas en este estudio (también, aunque no se puedan comparar en sentido estricto, es más ecocéntrica en cuanto a valores y práctica, que las religiones europeas). Como hija de la crisis ecológica actual, ha nacido bajo el signo del miedo medioambiental y por ello cuenta con los instrumentos para evitar que este temor se constituya en un freno a la acción sostenible.

La desventaja de la Piedad Cósmica en comparación con las religiones organizadas en un escenario de búsqueda de la sostenibilidad de la sociedad, es precisamente ese carácter laxo y desestructurado, sin una doctrina concreta, que impide la acción conjunta y cualquier otra forma de acción política, circunscribiéndola al ámbito individual voluntarista. La ventaja (en términos de sostenibilidad) de este tipo de religiosidad, es su carácter principalmente materialista²¹, donde el carisma se liga a un espacio físico concreto, de modo que la única forma de salvaguardar el ámbito sagrado, depende en este tipo de religiosidad de la salvaguarda de la naturaleza en tanto a realidad material. Como se ha visto, para la sostenibilidad del medio ambiente, resulta menos conveniente la fórmula del “así en la Tierra como en el Cielo”, que el simple y humilde “así en la Tierra”.

²⁰ Racionalidad y creencia religiosa (o cuasireligiosa) no están reñidas (Giner y Tàbara, 1997).

²¹ Materialista en contraposición a idealista, no a postmaterialista.

Bibliografía

- ALEDO TUR, Antonio (2002), "Problemas Socioambientales II: las Ecoutopías" Antonio Aledo Tur y José Andrés Domínguez Gómez (eds.), *Sociología Ambiental*, Madrid, Grupo Editorial Universitario, pp. 86-134.
- AMÉRIGO, María, Juan Ignacio ARAGONÉS, Verónica SEVILLANO, y Beatriz CORTÉS (2005), "La estructura de las creencias sobre la problemática medioambiental", en *Psicothema* 17 (2): 257-262.
- BAUMAN, Zygmunt (2007), *Miedo Líquido: La sociedad contemporánea y sus temores*, Barcelona, Paidós.
- BECK, Ulrich (2002), *La sociedad del riesgo: Hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós.
- BECK, Ulrich (2000), "The cosmopolitan perspective: Sociology of the second age of modernity", en *British Journal of Sociology* 51 (1): 79-105.
- BECK, Ulrich, Wolfgang BONSS, y Christoph LAU (2005), "The Theory of Reflexive Modernization: Problematic, Hypotheses and Research Programme", en *Theory, Culture & Society* 20 (2): 1-33.
- BERICAT ALASTUEY, Eduardo (2005), "La cultura del horror en las sociedades avanzadas: De la sociedad centrípeta a la sociedad centrífuga", *REIS* 110: 53-89.
- BERICAT ALASTUEY, Eduardo (2007), "Duda y Posmodernidad: El ocaso de la secularización en Europa", en prensa.
- BIEL, Anders, y Andreas NILSSON (2005), "Religious Values and Environmental Concern: Harmony and Detachment", en *Social Science Quarterly* 86 (1): 178-191.
- CARDANO, Mario (2001), "Natura sacra: La saggezza della terra e la razionalità della scienza", en *Nuova Civiltà delle Macchine* 1 (73): 108-123.
- CARTER, Dee (2001), "Unholy Alliances: Religion, Science, and Environment", en *Zygon* 36 (2): 357-372.
- CRONON, William (1983), "The trouble with wilderness or getting back to the wrong nature" en William Cronon (ed.), *Uncommon Ground: Rethinking the human place in Nature*, Nueva York, W.W. Norton, pp 69-91.
- DÍEZ DE VELASCO, Francisco, "El miedo y la religión: reflexiones teóricas y metodológicas", en Francisco DÍEZ DE VELASCO (ed.), *Miedo y religión*, Madrid, Ediciones del Orto, 2002, 367-380.
- DÍEZ NICOLÁS, Juan (2004), *El dilema de la supervivencia: Los españoles ante el medio ambiente*, Madrid, Obra Social Caja Madrid.
- DÍEZ NICOLÁS, Juan (2000), "La escala de postmaterialismo como medida del cambio de valores en las sociedades contemporáneas", en Javier ELZO y Francisco Andrés ORIZO (eds.), *España 2000, entre el localismo y la globalidad: La Encuesta Europea de Valores en su tercera aplicación, 1981-1999*, Bilbao, Universidad de Deusto, pp.285-310.
- DÍEZ NICOLÁS, Juan (2004), *El dilema de la supervivencia: Los españoles ante el medio ambiente*, Madrid, Obra Social Caja Madrid.
- DREITZEL, Hans P. (1991), "Miedo y civilización", en *Debats* 35-36: 4-13.
- DUNLAP, Riley E., y Kent VAN LIERE (1983), "Commitment to the dominant social paradigm and concern for environmental quality" en *Social Science Quarterly* 65: 1013-28.
- FUREDÍ, Frank (1997), *Culture of Fear: Risk-taking and the Morality of Low Expectation*, Londres, Basic Books.

- GINER, Salvador, y J. David TÀBARA (1999), "Cosmic Piety and Ecological Rationality", en *International Sociology* 14 (1): 59-82.
- GÓMEZ BENITO, Cristóbal, Francisco Javier NOYA, y Angel PANIAGUA (1999), *Actitudes y comportamientos hacia el medioambiente en España*, Madrid, CIS.
- GRENDSTAD, Gunnar, y Dag WOLLEBAEK (1998), "Greener still? An empirical examination of Eckersley's ecocentric approach", en *Environment and Behavior* 30: 653-675.
- GUTH, J.L., C.E. SMIDT, y J.C. GREEN (1993), "Theological perspectives and environmentalism among religious activists", en *Journal for the Scientific Study of Religion* 32: 373-382.
- HAND, Carl M., y Kent D. VAN LIERE (1984), "Religion, Mastery-Over-Nature, and Environmental Concern", en *Social Forces* 63 (2): 555-570.
- HAYES, Bernadette C., y Manussos MARANGUDAKIS (2001), "Religion and attitudes towards nature in Britain", en *British Journal of Sociology* 52 (1): 139-155.
- HOUTMAN, Dick, y Peter MASCINI (2002), "Why Do Churches Become Empty, While New Age Grows? Secularization and Religious Change in the Netherlands", en *Journal for the Scientific Study of Religion* 43 (3), pp. 455-473.
- IGNATOW, Gabriel (2006), "Cultural Models of Nature and Society: Reconsidering Environmental Attitudes and Concern", en *Environment and Behavior* 38: 441-461.
- INGLEHART, Ronald (1986), *Culture Shift in advanced industrial society*, Nueva Jersey, Princeton University Press.
- IRANZO, Juan Manuel (1996), "Ecologismo y religión civil: Ética y política en la modernidad avanzada", *Política y Sociedad* 23: 173-192.
- KANAGY, Conrad L., y Hart M. NELSON (1995), "Religion and Environmental Concern: Challenging the Dominant Assumptions", en *Review of Religious Research* 37 (1): 33-45.
- KEARNS, Laurel (1996), "Saving the Creation: Christian Environmentalism in the United States", en *Sociology of Religion* 57 (1): 55-70.
- KEMPTON, Willet, James BOSTER, y Jennifer HARTLEY (1995), *Environmental values in American culture*, Cambridge, MIT Press.
- LATOUR, Bruno (1993), *We have never been modern*, Southampton, Harvester Wheatsheaf.
- LOVELOCK, James (1983), *Gaia: Una nueva visión de la vida sobre la Tierra*, Madrid, Hermann Blume.
- LUCKMANN, Thomas (1973), *La religión invisible*, Salamanca, Sígueme.
- MAJOR, Ann M., y L. Erwin ATWOOD (2004), "Environmental risks in the news: issues, sources, problems and values", en *Public Understanding of Science* 13: 295-308.
- NASH, Roderick (1982), *Wilderness and the American Mind*, New Haven, Yale University Press.
- NORDLUND, Annika M., y Jorgen GARVILL, "Value structures behind proenvironmental behaviour", *Environment and Behavior* 34 (6) (2002): 740-756.
- OLTRA, Christian (2005), "Modernización ecológica y sociedad del riesgo: Hacia un análisis de las relaciones entre ciencia, medio ambiente y sociedad", en *Papers* 78: 133-149.
- PARDO, Mercedes (1998), "Sociología y medio ambiente: Estado de la cuestión", en *Revista Internacional de Sociología* 19-20: 329-367.

- PHILLIPS Martin y Tim MIGHALL (2000), *Society and Exploitation through Nature*, Londres, Prentice Hall.
- POORTINGA, Wouter, Linda STEG, y Charles VLEK (2002), "Environmental risk concern and preferences for energy-saving measures", en *Environment and Behavior* 34: 455-478.
- PROCTOR, James D., y Evan BERRY (2005), "Social Science on Religion and Nature", en Bron TAYLOR (ed.), *Encyclopedia of Religion and Nature*, Londres, Thoemmes Continuum, pp. 1571-1577.
- RIECHMANN, Jorge (2000), *Un mundo vulnerable: Ensayos sobre Ecología, Ética y Tecnociencia*, Madrid, Catarata.
- SCHULTZ, P. Wesley, Lynnette ZELEZNY, y Nancy J. DALRYMPLE (2000), "A Multinational Perspective on the Relation between Judeo-Christian Religious Beliefs and Attitudes of Environmental Concern", en *Environment and Behavior* 32 (4): 576-591.
- SCHULTZ, P. Wesley, Valdiney GOUVEIA, Linda CAMERON, Geetika TANKHA, Peter SCHMUCK, y Marek FRANEK (2005), "Values and their relationship to environmental concern and conservation behaviour", en *Journal of Cross-Cultural Psychology* 36 (4): 457-475.
- SHAIKO, Ronald G. (1987), "Religion, Politics, and Environmental Concern: A powerful mix of passions", en *Social Science Quarterly* 68 (2): 244-262.
- SHERKAT, Darren E., y Christopher G. ELLISON (2007), "Structuring the Religion-Environment Connection: Identifying Religious Influences on Environmental Concern and Activism", en *Journal for the Scientific Study of Religion* 46 (1): 71-85.
- SZERSZYNSKI, Bronislaw (1997), "The Varieties of Ecological Piety", en *Worldviews: Environment, Culture, Religion* 1: 37-55.
- TÀBARA, J. David (2006), "Los paradigmas culturalista, cualitativo y participativo en las nuevas líneas de investigación integrada del medio ambiente y la sostenibilidad", en Ricardo de Castro (coor.), *Persona, Sociedad y Medio Ambiente: Perspectivas de la investigación social de la sostenibilidad*, Sevilla, Instituto de Estudios Sociales de Andalucía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Junta de Andalucía.
- TAYLOR, Bron (1994), "Earth First!'s Religious Radicalism", en Christopher Key CHAPPLE (ed.), *Ecological Prospects: Scientific, Religious, and Aesthetic Perspectives*, Albany, State University of New York Press, pp. 185-209.
- TUDOR, Andrew (2003), "A (macro) Sociology of Fear?", en *The Sociological Review* 51 (2): 238-256.
- WALLACE, Anthony (1956), "Revitalization Movements", en *American Anthropologist*, 58 (2): 264-281.
- WHITE, Lynn (1967), "The Historical Roots of Our Ecological Crisis", en *Science* 155: 1203-1207.
- WHITNEY, Elspeth (1993), "Lynn White, Ecotheology, and History", en *Environmental Ethics* 15: 151-169.
- WYNN, Mark (2004), "Emotions and Christian Ethics: A Reassessment", en *Studies in Christian Ethics* 17 (35): 35-55.